

CAPITULO LXXVIII

Nuestra madrastra

Mi padre, á pesar de su propósito de no volver á Moscou con su esposa hasta el año nuevo, llegó á fines del mes de Octubre cuando la estación aún era propicia para la caza.

Al vernos, habló de cierto asunto urgente, pero Mimi nos contó que Eudoxia Vassilevna se aburría muchísimo en el campo, que hablaba muy á menudo de Moscou y que fingía estar un poco indispuesta, tanto, que papá se decidió al fin á darle gusto.

—No le ama,—añadía Mimi.—Ha molestado á todo el mundo hablando de su pasión, pero únicamente porque quería hacer un buen negocio casandose con un rico.

Y Mimi suspiraba con aire pensativo, como diciendo: «Otra cosa sería si el señor hubiera sabido apreciar el mérito de *ciertas personas*.»

Las tales personas eran injustas con Eudoxia Vassilevna. Su amor por papá, un amor apasionado, ferviente, que le hacía desear el sacrificio, se revelaba en cada palabra suya, en cada mirada de sus ojos, en cada movimiento de su cuerpo. Este amor, aunque la tenía deseosa de no separarse nunca del esposo adorado, no le impedía de usar un sombrero elegante, con plumas azules, entrevisto en casa de la señorita Anita, ó un vestido no menos elegante de terciopelo azul celeste de Venecia que sentaba admirablemente á sus hermosos hombros y á sus blancos brazos, los cuales aparecían, por primera vez, en la sociedad elevada.

Catalina era, como puede suponerse, del parecer de su madre.

Desde el día en que llegó nuestra madrastra, se establecieron entre ella, Volodia y yo relaciones un poco ligeras, pero muy extrañas. Apenas bajó del carruaje de viaje, Volodia, que estaba muy serio, se le acercó con grandes reverencias y le dijo en el mismo tono que si presentara á un amigo:

—Tengo el honor de dar la bienvenida á mi madre.—Y le besó la mano.

—¡Ah querido hijo!—respondió ella con la amable sonrisa que parecía estereotipada en sus labios.

—No olvide V. á su segundo hijo,—dije acercándome para besarle la mano, é imitando, sin advertirlo, el gesto y la voz de Volodia.

Si hubiésemos estado convencidos de la sinceridad de nuestro afecto recíproco, este modo de encontrarnos habría querido decir que despreciábamos las demostraciones del cariño. Sí, por el contrario, estábamos mal dispuestos los unos contra la otra habría podido indicar, ó bien la ironía, bien nuestro desprecio por la disimulación é el deseo de ocultar á nuestro padre la verdadera situación sin tener en cuenta otros muchos pensamientos y sentimientos.

En realidad, aquella actitud que se compadecía muy bien con el carácter de Eudoxia Vassilevna, no quería decir nada y sólo servía para disimular la falta de un sentimiento cualquiera.

Noté después, con frecuencia, este tono semi-burlón en otras casas, en que la familia dejaba adivinar relaciones poco placenteras con uno de sus miembros. Esta especie de vínculo artificial con nuestra madrastra, establecido sin premeditación al principio, duró mucho tiempo. Le demostrábamos una amabilidad afectada, le hablábamos en francés, le hacíamos reverencias y la llamábamos.—«¡Querida mamá!»

Nos respondía invariablemente en el mismo tono acompañando sus cortesías con la misma eterna sonrisa. La llo-

rona de nuestra hermana, con sus pies de ganso y sus palabras faltas de tacto, era la única que amaba á la madrastra y con frecuencia hacía candorosos é inútiles esfuerzos para aproximarla al corazón del resto de la familia. Así la única persona en el mundo por quien Eudoxia Vassilevna sentía un grande afecto, además de su pasión por el papá, era Liubotshka hacia quien manifestaba al mismo tiempo una especie de admiración entusiasta y de tímido respeto que me asombraban mucho.

En los primeros tiempos, Eudoxia Vassilevna se complacía en recordar que era una madrastra y en aludir á las prevenciones y á la malevolencia de los niños y de la servidumbre, que hacen muy difícil la posición de las madrastras. Sin embargo, aún previendo todos los inconvenientes de esta situación, no hacía nada por evitarlos ni se cuidaba de acariciar á los unos ni de hacer regalos á los otros ni de abstenerse de reñirnos, cosa que no le habría costado gran trabajo, porque era de buen natural y muy poco exigente. Pues bien, no sólo no hizo cosa de provecho, sino que se puso á la defensiva cuando nadie pensaba atacarla. Convencida de que todos los criados no pensaban más que en molestarla y zaherirla continuamente, vió por todas partes mal intencionados y adoptó la actitud de una persona que lo sufre todo en silencio, con dignidad. El resultado fué que en vez de atraerse el afecto de nuestra servidumbre, sembró por todas partes el odio.

Es más: ya he dicho cuán desarrollada estaba en nuestra familia la facultad de la *comprensión*. Nuestra madrastra carecía en absoluto de ingenio é introducía entre nosotros costumbres tan diferentes de las nuestras, que bastó esto solo para disgustarnos.

Nuestro método de vida era muy sencillo y ordenado, mientras que ella parecía siempre llegar de un viaje y que no había tenido tiempo aún de poner sus cosas en orden. Se levantaba y se acostaba unas veces muy temprano, otras muy tarde; un día comía con nosotros y otros no;

una noche cenaba y la siguiente no se acordaba de la cena. Cuando no teníamos visitas, andaba casi siempre por casa á medio vestir y no se avergonzaba de mostrar á la familia y aún á los criados la camisola blanca y el pequeño chal á los hombros y los brazos desnudos. Al principio tanta sencillez me agradó, pero muy pronto perdí el poco respeto que le profesaba, precisamente á causa de esa misma sencillez.

Una cosa nos parecía aún más extraña que todo lo demás. Había en ella dos mujeres diferentes según que se encontraba en presencia de extraños ó sola con la familia. Ante la sociedad de fuera de casa era una joven señora, un poco fría, rica en salud, soberbiamente vestida, nada necia, y alegre aunque no muy graciosa. Apenas nos quedábamos solos, tomaba el aspecto de una mujer martirizada, abatida, infeliz, á pesar de nuestro amor. Entonces descuidaba su persona y aparecía envejecida.

Cuantas veces, al volver á casa después de sus visitas, toda sonrosada de frío, se quitaba el sombrero é iba á mirarse, sonriente, al espejo, feliz con su belleza; ó cuando por la noche pasaba por delante de los criados para ir en busca del coche, magnífica y confusa al mismo tiempo, con su hermoso vestido de baile; ó los días de recepción en casa, cuando se ponía un rico traje de seda y mostraba el delicioso seno circundado de encajes, sonreía á todos con su hermosa sonrisa siempre igual; cuántas veces al verla así me preguntaba que se habrían dicho sus admiradores, si la hubiesen visto como yo en las noches que se quedaba en casa y estaba esperando á su esposo que debía volver del círculo, toda despeinada, con una especie de gorro en la cabeza, vagar como una sombra de una en otra estancia.

Ora se sentaba al piano y tocaba cierto vals, la única pieza que sabía, frunciendo las cejas por el esfuerzo que ponía en la ejecución; ora tomaba una novela y leía al azar una página arrojando en seguida el volumen; ora se

iba á la despensa y para no molestar á la servidumbre tomaba ella misma un pepinillo y un trozo de carne fiambre y se ponía á comérselo en pie ante la ventanilla de la despensa; y luego con gesto de abatimiento volvía de nuevo á recorrer sin objeto toda la casa.

La ausencia completa de comprensión fué lo que contribuyó, más que otra cosa, á aislarla de todos nosotros. Esta falta se revelaba sobre todo en los finos modales con que escuchaba, cuando le hablaban de cosas incomprensibles para ella.

No era culpa suya si había tomado sin querer el hábito de sonreirse siempre y de menear la cabeza cuando se le contaba cosas que no la interesaban (es verdad que no le interesaba nada fuera de lo que le concernía á ella ó á su marido); pero aún que la culpa no fuese suya, sonrisa y movimiento de cabeza concluían por hacerse insoportables á todo el mundo.

Su alegría, que consistía en burlarse de ella misma, de nosotros, de todos, carecía de naturalidad y por tanto no era comunicativa.

Su sensibilidad era enojosa en extremo. Sobre todo nos irritaba el hecho de que en toda ocasión y sin el menor tacto nos hablase de su amor hacia papá. No ya porque mintiese al decir que su pasión por su marido era su vida y lo demostraba con su conducta, pero la insistencia y la falta de retención con que volvía á cada paso sobre aquel mismo asunto, no eran, según nosotros, menos repulsivos hasta el punto que nosotros nos avergonzábamos por ella cuando en presencia de extraños hablaba de su amor hacia papá, más aún que cuando cometía errores al hablar en francés.

Amaba á su marido más que á todo el mundo y él la amó también, especialmente en los primeros tiempos y cuando vió que agradaba también á los demás. Ella no tenía otro afán que el conquistar el afecto de su marido y sin embargo por inercia ó falta de tacto se habría dicho

que procuraba hacer todo lo que podía desagradarle, siempre con el fin de manifestarle su amor y su deseo de sacrificarse.

Así, á ella le gustaba vestir bien y mi padre deseaba ver á su mujer elegante y admirada; mi madrastra se creyó obligada á sacrificar á mi padre su propio gusto por el lujo en el vestir y adoptó la costumbre de permanecer en casa con una seneilla bata gris.

Papá, que siempre había considerado como condición esencial de la vida de familia la libertad recíproca, procuraba con todo empeño que su predilecta Liubotshka disfrutase de la confianza y la amistad de su joven madrastra. Eudoxia se sacrificó manifestando á la verdadera ama de casa, como llamaba á mi hermana, un respeto muy inoportuno que hería profundamente á papá.

Le gustaba pasar las noches en el juego, y hacia fines del invierno perdió mucho. A nadie habló de sus pérdidas, porque tenía por principio que las cuestiones del juego no deben mezclarse con las de familia. Mi madrastra se sacrificó también y creyó que su deber, aun cuando estuviese enferma, aunque se mostrase en cinta, era salir á recibir á papá, de bata, cuando volviese del Círculo á las cuatro ó las cinco de la mañana, rendido, avergonzado y con la bolsa vacía. Ella le preguntaba distraidamente si había sido afortunado en el juego y escuchaba la contestación con gesto condescendiente, sonriendo y meneando la cabeza, en tanto que él le contaba lo que había hecho en el Círculo y le rogaba por la centésima vez que no le esperase á la noche. Por más que se lo suplicase, al día siguiente ella le esperaba del mismo modo, aunque le era indiferente que papá jugase ó no.

Es preciso añadir que además de esta manía del sacrificio, sentía en ciertas ocasiones celos que la hacían sufrir muchísimo. Era imposible persuadirla de que papá volvía en efecto del Círculo y no de otro lugar, y se esforzaba en leer en su rostro los secretos de su corazón, y al no leer

absolutamente nada, suspiraba, se deleitaba en su propio dolor, abandonándose á la contemplación de su propia desgracia.

En virtud de aquellos continuos sacrificios se podía ya notar á fines de este primer invierno un cambio en papá. Había perdido mucho, estaba á menudo de muy mal humor y descargaba sus iras en la joven. Casi había llegado al *rencor secreto*, á esa aversión la persona á la que se ha amado y que se manifiesta con cierta tendencia inconsciente á infligirle toda especie de castigos morales.

CAPITULO LXXIX

Mi desgracia

Había llegado la época de mi primer exámen de cálculo diferencial é integral, y me encontré en estado de absoluta inconsciencia é incapacidad para darme cuenta exacta de lo que me esperaba. Por la noche, la víspera del exámen, cuando dejé á mis compañeros, tuve una vaga idea de que las cosas no marcharían tan llanamente y que quizá me sería preciso modificar mi manera de ser y de obrar. Al salir el sol, me sentí feliz y volví á mi anterior estado sin el menor deseo de cambiar para nada.

En este estado de ánimo, fui á hacer mi primer examen. Me senté en un banco en que se hallaban príncipes, condes y barones y me puse á hablar con ellos en francés, sin pensar ni por un momento ¡caso extraño! que iba muy pronto á ser interrogado sobre cosas de que no sabía ni una sola palabra.

Miraba tranquilamente á los que pasaban y á veces me permitía bromear con ellos.

— ¡Y bien, Grapp!—pregunté á Iline, que volvía de examinarse—¿tiene usted miedo?

— Ya veremos como sale usted—respondió Iline, que desde que estaba en la Universidad se había rebelado abiertamente contra mí; ya no me sonreía al verme y me guardaba cierto rencor.

Me sonreí desdeñosamente, aunque aquella duda me causó por un instante gran inquietud. Pronto se fundió ésta, sin embargo, al calor de la inconsciencia de que he hablado y me sentí de nuevo tan tranquilo que prometí al barón Z. ir á tomar alguna cosa con él después del examen. Cuando me llamaron me arreglé el uniforme y me adelanté con pasmosa sangre fría.

Sólo al inclinarme un poco para sacar las bolas que habían de marcar mis preguntas, sentí un ligero escalofrío en todo el cuerpo. Respondí muy mal. Saqué la segunda pregunta y no dije ni una sola palabra. El profesor me miró con lástima y dijo con voz afectuosa, pero firme: «No le aprobamos á usted, señor Irteneff. Debe usted abandonar la Facultad.»

No recuerdo como salí de la sala ni lo que respondí á las preguntas de los estudiantes ni como llegué á casa. Estaba humillado, abatido, me sentía profundamente desgraciado.

Estuve tres días sin salir de mi habitación y sin ver á nadie. Encontré un gran consuelo en el llanto, como cuando era niño, y derramé mares de lágrimas. Busqué una pistola para matarme, cuando el deseo de morir llegase á ser más vivo.

Creí que Iline Grapp al encontrarme me escupiría á la cara, y con mucha razón; que sería muy feliz pudiendo explicar á todos mis conocidos mi desgracia. Pasaron por mi mente todos los minutos de mi vida, dolorosos para mi amor propio y busqué á una persona á quien hacer responsable de mi infortunio, imaginándome que esta *persona* lo había hecho adrede, tramando una conspiración

contra mí; maldecía de los profesores, de mis compañeros, de Volodia, de Dmitri y hasta de mi padre que me había hecho entrar en la Universidad, contra los decretos de la Providencia, y que había permitido que yo quedase cubierto de oprobio. Finalmente, sintiendo que estaba perdido sin remisión á los ojos de aquellos que me conocían, pedí á papá permiso para alistarme en los húsares ó marchar al Cáucaso. Papá estaba descontento de mí, pero al verme tan afligido, me consoló explicándome que no estaba deshonrado y que todo podía arreglarse entrando en otra Facultad.

Volodia tampoco juzgaba mi desgracia tan terrible y añadió que cambiando de Facultad encontraría nuevos compañeros, ante los cuales no tendría que avergonzarme.

Las señoras de la casa no comprendían ó no querían ni podían comprender en qué consiste un examen; me compadecían, pero sólo porque me veían apesadumbrado.

Dmitri venía á buscarme todos los días y durante todo aquel tiempo se mostró muy bueno y afectuoso; pero precisamente por esto me parecía que me quería menos bien. Sentía una dolorosa impresión cada vez que entraba en mi habitación y se sentaba á mi lado, casi con ese aspecto del médico que se sienta á la cabecera de un enfermo ya desahuciado. Sofía Ivanovna y Vareneka me mandaron por conducto del mismo Nekliudof libros que yo había manifestado deseos de leer y le encargaron me dijera que fuese á visitarlas, pero yo no ví en su cortesía más que esa indulgencia orgullosa y ofensiva de que se alardea con los desgraciados.

Al cabo de tres ó cuatro días me calmé un poco, sin querer, no obstante, salir de casa hasta que marchamos al campo. Daba vueltas por toda la casa tratando de evitar á los criados, meditando sin cesar en mi desdicha.

Pensaba, pensaba, y al fin, una noche en que había bajado al salón para escuchar, solo, el vals de mi madrastra, me levanté, como movido por un resorte, subí á mi habi-

tación y busqué el cuaderno en que había escrito estas palabras: *Reglas de la vida*. Tuve un instante de arrepentimiento y lloré, pero no eran ya lágrimas de desesperación. Cuando me hube serenado un poco, me decidí de nuevo á trazarme la norma de mi vida. Estaba firmemente convencido de que en adelante no haría nada malo, de que no dejaría pasar un minuto en el ocio y seguiría siempre la norma establecida.

En la segunda parte de mi *Juventud* contaré cuanto tiempo duró este laudable celo, lo que me produjo y á qué nuevos principios obedeció desde entonces mi desarrollo moral.

FIN